

que ya se iba á poner, y dijo: Huyen las horas, y cuasi no las habemos sentido pasar, detenidos, Marcelo, con vuestras razones. Mas para decir lo demás que os placiere, no será menos conveniente la noche templada, que ha sido el dia caluroso.—Y más, dijo encontinentemente Sabino, que como el sol se fuere á su oficio, vendrá luégo en su lugar la luna, y el coro resplandeciente de las estrellas con ella, que, Marcelo, os harán mayor auditorio, y callando con la noche todo, y hablando solo vos, os escucharán atentísimas. Vos mirad no os halle desapercibido un auditorio tan grande. Y diciendo esto, y desplegando el papel, sin atender más respuesta, leyó.

§. II.

Es Cristo llamado REY, y de las cualidades que Dios puso en Él, para este oficio.

Nómbrese Cristo también REY DE DIOS. En el Salmo segundo dice Él de sí, según nuestra letra (Ps. II, v. 6.): Yo soy REY constituido por Él, esto es, por Dios, sobre Sión su monte santo. Y según la letra original dice Dios de Él: Yo constituí á mi REY sobre el monte de Sión, monte santo mio. Y según la misma letra en el capítulo catorce de Zacarías (Zach. c. XIV, v. 16.): Y vendrán todas las gentes, y adorarán al REY del Señor.

—Y leído esto, añadió el mismo Sabino diciendo: Mas es poco todo lo demás que en este papel se contiene; y así, por no desplegarle más veces, quiérola leer de una vez, y dijo:

Nómbrese también PRINCIPE DE PAZ, y nómbrese ESPOSO. Lo primero se ve en el capítulo nueve de Isaias, donde hablando de Él el Profeta dice (Isai. cap. IX, v. 6.): Y será llamado PRINCIPE DE PAZ. De lo segundo Él mismo en el evangelio de San Juan en el capítulo tercero dice (Joan. cap. III, v. 29.): El que tiene esposa, esposo es, y su amigo oye la voz del ESPOSO, y gózase. Y en otra parte (Matth. cap. IX, v. 15.): Vendrán dias, cuando les será quitado el ESPOSO, y entonces ayunarán.

Y con esto calló.—Y Marcelo comenzó por esta manera: En confusión me pusiera, Sabino, lo que habéis dicho, si ya

no estuviera usado á hablar en los oídos de las estrellas, con las cuales comunico mis cuidados y mis ansias las más de las noches; y tengo para mí que son sordas, y si no lo son, y me oyen, estas razones de que agora tratamos, no me pesará que las oigan, pues son tuyas, y de ellas las aprendimos nosotros, según lo que en el Salmo se dice (Ps. XVIII, v. 2.): *Que el cielo pregona la gloria de Dios, y sus obras las anuncia el cielo estrellado.* Y la gloria de Dios, y las obras, de que Él señaladamente se precia, son los hechos de Cristo, de que platicamos agora. Así que oiga en buena hora el cielo lo que nos vino del cielo, y lo que el mismo cielo nos enseñó. Mas sospecho, Sabino, que según es baja mi voz, el ruido que en esta presa hace el agua cayendo, que crecerá con la noche, les hurtará de mis palabras las más. Y como quiera que sea, viniendo á nuestro propósito, pues Dios, en lo que habéis agora leído, llama á Cristo REY suyo, siendo así que todos los que reinan son reyes por mano de Dios; claramente nos da á entender y nos dice, que Cristo no es REY como los demás reyes, sino REY por excelente y no usada manera. Y según lo que yo alcanzo, á solas tres cosas se puede reducir todo lo que engrandece las excelencias y alabanzas de un rey. Y la una consiste en las cualidades que en su misma persona tiene convenientes para el fin del reinar. Y la otra está en la condición de los súbditos sobre quien reina. Y la manera como los rige, y lo que hace con ellos el rey es la tercera y postrera. Las cuales cosas en Cristo concurren y se hallan como en ninguno otro, y por esta causa es Él solo llamado por excelencia REY hecho por Dios.

Y digamos de cada una de ellas por sí. Y lo primero que toca á las cualidades que puso Dios en la naturaleza humana de Cristo para hacerle REY, comenzándolas á declarar y á contar, una de ellas es humildad y mansedumbre de corazón: como Él mismo de sí lo testifica diciendo (Matth. c. XI, v. 29): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Y como decíamos poco ha, Isaias canta de Él (Isai., c. XLII, vv. 2. 3): *No será bullicioso, ni apagará una estopa que humee, ni una caña quebrantada la quebrará.* Y el Profeta Zacharías también (Zachar., c. IX, v. 9): *No quieras temer, dice, hija de Sión, que tu REY viene á tí justo, y salvador, y pobre, ó como dice*

otra letra, *manso y asentado sobre un pollino*. Y parecerá al juicio del mundo, que esta condición de ánimo no es nada decente al que ha de reinar: mas Dios, que no sin justísima causa llama entre todos los demás reyes á Cristo su REY, y que quiso hacer en él un REY de su mano que respondiese perfectamente á la idea de su corazón, halló como es verdad, que la primera piedra de esta su obra era un ánimo manso y humilde, y vió que un semejante edificio tan soberano y tan alto no se podía sustentar sino sobre cimientos tan hondos. Y como en la música no suenan todas las voces agudo, ni todas grueso, sino grueso y agudo debidamente; y lo alto se templó y reduce á consonancia en lo bajo: así conoció que la humildad y mansedumbre entrañable que tiene Cristo en su alma, convenía mucho para hacer armonía con la alteza y universalidad de saber y poder, con que sobrepuja á todas las cosas criadas. Porque si tan no medida grandeza cayera en un corazón humano, que de suyo fuera airado y altivo, aunque la virtud de la persona divina era poderosa para corregir este mal, pero ello de sí no podía prometer ningún bien.

Demás de qué, cuando de sí no fuera necesario que un tan soberano poder se templara en llaneza, ni á Cristo, por lo que á Él y á su ánima toca, le fuera necesaria ó provechosa esta mezcla; á los súbditos y vasallos suyos nos convenía que este REY nuestro fuese de excelente humildad. Porque toda la eficacia de su gobierno, y toda la muchedumbre de no estimables bienes que de su gobierno nos vienen, se nos comunican á todos por medio de la fe y del amor que tenemos con Él, y nos junta con Él. Y cosa sabida es, que la majestad y grandeza, y toda la excelencia que sale fuera de competencia, en los corazones más bajos no engendra afición, sino admiración y espanto, y más arredra que allega ó atrae. Por lo cual no era posible que un pecho flaco y mortal, que considerase la excelencia sin medida de Cristo, se le aplicase con fiel afición, y con aquel amor familiar y tierno con que quiere ser de nosotros amado, para que se nos comunique su bien, si no le considerara también no menos humilde que grande, y si como su majestad nos encoge, su inestimable llaneza, y la nobleza de su perfecta humildad no despertara osadía y esperanza en nuestra alma.

Y á la verdad, si queremos ser jueces justos y fieles, ningún afecto ni arreo es más digno de los reyes, ni más necesario, que lo manso y lo humilde; sino que con las cosas habemos ya perdido los hombres el juicio de ellas y su verdadero conocimiento: y como siempre vemos altivez, y severidad, y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los pobres. Y no miramos siquiera que la misma naturaleza divina, que es emperatriz sobre todo, y de cuyo ejemplo han de sacar los que reinan la manera como han de reinar, con ser infinitamente alta, es llana infinitamente, y (si este nombre de humilde puede caber en ella, y en la manera que puede caber) humildísima: pues como vemos, descende á poner su cuidado y sus manos ella por sí misma, no sólo en la obra de un vil gusano, sino también en que se conserve y que viva; y matiza con mil graciosos colores sus plumas al pájaro, y viste de verde hoja los árboles, y eso mismo que nosotros despreciando hollamos, los prados y el campo, aquella majestad no se desdén de irlo pintando con yerbas y flores. Por donde con voces llenas de alabanza y de admiración le dice David (Ps. cxii, vv. 5, 6): *Quién es como nuestro Dios, que mora en las alturas, y mira con cuidado hasta las más humildes bajezas, y El mismo juntamente está en el cielo y en la tierra?*

Así que si no conocemos ya aquesta condición en los príncipes, ni se la pedimos, porque el mal uso recibido y fundado daña las obras, y pone tinieblas en la razón, y porque á la verdad ninguna cosa son menos que los que se nombran señores y príncipes; Dios en su Hijo, á quien hizo príncipe de todos los príncipes, y sólo verdadero REY entre todos, como cualidad necesaria y preciada la puso. Mas en qué manera la puso? ó qué tanta es y fué su dulce humildad? Mas pasemos á otra condición que se sigue, que diciendo de ella, dirémos en mejor lugar la grandeza de aquesta que habemos llamado mansedumbre y llaneza; porque son entre sí muy vecinas, y lo que diré es como fruto de aquesto que he dicho. Pues fué Cristo, demás de ser manso y humilde, más ejercitado que ninguno otro hombre en la experiencia de los trabajos y dolores humanos. A la cual experiencia sujetó el Padre á su Hijo, porque le había de hacer REY verdadero, y para que

en el hecho de la verdad fuese perfectísimo REY, como San Pablo lo escribe (Ad Hebr., c. II, vv. 10, 11): *Fué decente, que Aquel de quien, y por quien, y para quien son todas las cosas, queriendo hacer muchos hijos para los llevar á la gloria, al principio de la salud de ellos le perfeccionase con pasión y trabajos; porque el que santifica y los santificados han de ser todos de un mismo metal.* Y entreponiendo ciertas palabras, luégo poco más abajo torna y prosigue (Ibid., vv. 17, 18): *Por donde convino que fuese hecho semejante á sus hermanos en todo, para que fuese cabal, y fiel, y misericordioso pontífice para con Dios, para aplacarle en los pecados del pueblo. Que por cuanto padeció Él siendo tentado, es poderoso para favorecer á los que fueron tentados.* En lo cual no sé cuál es más digno de admiración, el amor entrañable con que Dios nos amó, dándonos un REY para siempre, no sólo de nuestro linaje, sino tan hecho á la medida de nuestras necesidades, tan humano, tan llano, tan compasivo, y tan ejercitado en toda pena y dolor; ó la infinita humildad, y obediencia, y paciencia de este nuestro perpetuo REY, que no sólo para animarnos á los trabajos, sino también para saber Él condolerse más de nosotros cuando estamos puestos en ellos, tuvo por bueno hacer prueba Él en sí primero de todos.

Y como unos hombres padezcan en una cosa, y otros en otra; Cristo, porque así como su imperio se extendía por todos los siglos, así la piedad de su ánimo abrazase á todos los hombres, probó en sí casi todas las miserias de pena. Porque qué dejó de probar? Padenen algunos pobreza: Cristo la padeció más que otro ninguno. Otros nacen de padres bajos y oscuros, por donde son tenidos por menos: el padre de Cristo, á la opinión de los hombres, fué un oficial carpintero. El destierro y el huir á tierra ajena fuera de su natural, es trabajo: y la niñez de aqueste Señor huye su natural, y se esconde en Egipto. Apenas ha nacido la luz, y ya el mal la persigue. Y si es pena el ser ocasión de dolor á los suyos; el infante pobre huyendo, lleva en pos de sí por casas ajenas á la doncella pobre y bellísima, y al ayo santo y pobre también. Y aun por no dejar de padecer la angustia que el sentido de los niños más siente, que es perder á sus padres; Cristo quiso ser y fué niño perdido.

Mas vengamos á la edad de varón. Qué lengua podrá decir los trabajos y dolores que Cristo puso sobre sus hombros? El no oido sufrimiento y fortaleza con que los llevó? Las invenciones y los ingenios de nuevos males, que Él mismo ordenó como saboreándose en ellos? Cuán dulce le fué el padecer? Cuánto se preció de señalarse sobre todos en esto? Cómo quiso que con su grandeza compitiese en Él su humildad y paciencia? Sufrió hambre, padeció frio, vivió en extremada pobreza, cansóse y desvelóse, y anduvo muchos caminos, sólo á fin de hacer bienes de incomparable bien á los hombres. Y para que su trabajo fuese trabajo puro, ó por mejor decir, para que llegase creciendo á su grado mayor; de todo aqueste afán, el fruto fueron muy mayores afanes; y de sus tan grandes sudores, no cogió sino dolores, y persecuciones y afrentas; y sacó del amor, desamor; del bien hacer, mal padecer; del negociarnos la vida, muerte extremadamente afrentosa: que es todo lo amargo y lo duro á que en este género de calamidad se puede subir. Porque si es dolor pasar uno pobreza y desnudez, y mucho desvelamiento y cuidado; que será cuando por quien se pasa no lo agradece? ¿qué cuando no lo conoce? qué cuando lo desconoce, lo desagradece, lo maltrata y persigue? Dice David en el Salmo (Ps. xxxvii, v. 12): *Si quien me debia enemistad me persiguiera, fuera cosa que la pudiera llevar; mas mi amigo, y mi conocido, y el que era un alma conmigo, el que comía á mi mesa, y con quien comunicaba mi corazón.* Como si dijese, que el sentimiento de un semejante caso vencía á cualquiera otro dolor. Y con ser así, pasa un grado más adelante el de Cristo. Porque no sólo le persiguieron los suyos, sino los que por infinitos beneficios que recibían de Él, estaban obligados á serlo; y lo que es más, tomando ocasión de enojo y de odio, de aquello mismo que con ningún agradecimiento podían pagar, como se querella en su misma persona de Él el Profeta Isaias diciendo (Isai., c. xlix, v. 4): *Y dije: trabajado he por demás, consumido he en vano mi fortaleza, por donde mi pleito es con el Señor, y mi obra con el que es Dios mio.* Seria negocio infinito, si quisiésemos por menudo decir en cada una obra de las que hizo Cristo, lo que sufrió y padeció.

Vengamos al remate de todas ellas, que fué su muerte, y

veremos cuánto se preci6 de beber puro este c6liz, y de señalarse sobre todas las criaturas en gustar el sentido de la miseria por extremada manera, llegando hasta lo 6ltimo de 6l. Mas qui6n podr6 decir ni una peque6a parte de aquesto? No es posible decirlo todo, m6s dir6 brevemente lo que basta para que se conozcan los muchos quilates de dolor con que calific6 Cristo aqueste dolor de su muerte; y los innumerables males que en un solo mal encerr6. Si6ntese m6s la miseria, cuando sucede 6 la prosperidad; y es g6nero de mayor infelicidad en los trabajos el haber sido en alg6n tiempo feliz. Poco antes que le prendiesen y pusiesen en cruz, quiso ser recibido, y lo fu6 de hecho con triunfo glorioso. Y sabiendo cu6n mal tratado habia de ser dende 6 poco, para que el sentimiento de aquel tratamiento malo fuese m6s vivo, orden6 que estuviese reciente y como presente la memoria de aquella divina honra, que aquellos mismos que ag6ra le desprecian, ocho d6as antes le hicieron. Y tuvo por bien que casi se encontrasen en sus oidos las voces de *Hosanna, hijo de David*, y de *Bendito el que viene en el nombre de Dios*; con las de *Crucif6cale! crucif6cale!* y con las de *Veis el que destruy6 y reedificaba el templo de Dios en tres d6as, no puede salvarse 6 s6, y puda salvar 6 los otros*. Para que lo desigual de ellas, y la contrariedad que entre s6 tenian con las unas las otras, causase mayor pena en su coraz6n.

Suele ser descanso 6 los que de esta vida se parten, no ver las l6grimas, y los sollozos, y la tristeza afligida de los que bien quieren: Cristo la noche 6 quien sucedi6 el d6a 6ltimo de su vida mortal, los junt6 6 todos, y cen6 con ellos juntos, y les manifest6 su partida, y vi6 su congoja, y tuvo por bien verla y sentirla, para que con ella fuese m6s amarga la suya. Qu6 palabras les dijo en lo que platic6 con ellos aquella noche? Qu6 enternecimientos de amor? Que si 6 los que ag6ra los vemos escritos, el oirlos nos enternece, qu6 ser6a lo que obraron entonces en quien los dec6a? Pero vamos adonde ya 6l mismo, levantado de la mesa, y caminando para el huerto nos lleva. Qu6 fu6 cada uno de los pasos de aquel camino, sino un clavo nuevo que le her6a, llev6ndole al pensamiento y 6 la imaginaci6n la prisi6n y la muerte, 6 que ellos mismos le acercaban busc6ndola? Mas qu6 fu6 lo que hizo en el huerto,

que no fuese acrecentamiento de pena? Escogi6 tres de sus disc6pulos para su compa6a y conhorto, y consintió que se venciesen del sue6o, para que con ver su descuido de ellos, su cuidado y su pena de 6l creciese m6s.

Derroc6se en oraciones del Padre pidi6ndole que pasase de 6l aquel caliz, y no quiso ser oido en aquesta oraci6n. Dej6 desear 6 su sentido lo que no quer6a que se le concediese, para sentir en s6 la pena que nace del desear, y no alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastara el mal y el tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer, como si dij6semos, vigilia de ella, y morir antes que muriese, 6 por mejor decir, morir dos veces, la una en el hecho, y la otra en la imaginaci6n de 6l. Porque desnud6 por una parte 6 su sentido inferior de las consolaciones y esfuerzos del cielo, y por otra parte le puso en los ojos una representaci6n de los males de su muerte, y de las ocasiones de ella, tan viva, tan natural, tan expresa, y tan figurada, y con una fuerza tan eficaz, que lo que la misma muerte en el hecho no pudo hacer sin ayudarse de las espinas y el hierro, en la imaginaci6n y figura por s6 misma y sin armas ningunas lo hizo. Que le abri6 las venas, y sac6ndole la sangre de ellas, ba6o con ella el sagrado cuerpo y el suelo. Qu6 tormento tan desigual fu6 este con que se quiso atormentar de antemano! Qu6 hambre, 6 digamos, qu6 codicia de padecer! No se content6 con sentir el morir, sino quiso probar tambi6n la imaginaci6n y el temor del morir lo que puede doler. Y porque la muerte s6bita, y que viene no pensada y cuasi de improviso, con un breve sentido se pasa; quiso entregarse 6 ella antes que fuese. Y antes que sus enemigos se la acarreasen, quiso traerla 6l 6 su alma, y mirar su figura triste, y tender el cuello 6 su espada, y sentir por menudo y de espacio sus heridas todas, y avivar m6s sus sentidos, para sentir m6s el dolor de sus golpes, y como dije, probar hasta el cabo cu6nto duele la muerte, esto es, el morir y el temor del morir.

Y aunque digo el temor del morir, si tengo de decir, Juliano, lo que siempre entend6 acerca de esta agonia de Cristo, no entiendo que fu6 el temor el que le abri6 las venas, y le hizo sudar gotas de sangre. Porque aunque de hecho temió, porque 6l quiso temer, y temiendo probar los accidentes 6s-